

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

11. ANOMALIAS



NO SÉ cómo pasó, pero el hecho fue que después de la cena ella y yo quedamos solos, en un rincón de la sala, bajo la luz difusa de un par de picos de gas, sombreados por pantallas carmín.

Sentada junto a mí, la V lechosa del escote se recortaba con nitidez, en insinuante contraste frente al sombrío fulgor del vestido, adherido a sus curvas cual una segunda piel.

—Me gustaría oírle contar algo de su país, Héctor... ¡Se me antoja tan exótico! ¿Hace mucho calor..., hay jungla, indios?

Me reí.

—No me pida que le describa el clima: es imposible. Pero lamento confesarle que no tenemos jungla, ¡ni siquiera una chiquita!... Y en cuanto a indios, bueno, algunos se portan como si lo fueran, sobre todo en las canchas de fútbol, pero..., en rigor, señorita, no nos quedan tribus salvajes. Ni tampoco andamos a caballo, contra lo que suponían muchos de mis amigos europeos...

—¿Qué lengua hablan? ¿Español? ¡Porque usted maneja muy bien nuestro idioma!

—Ah —sonreí— ; es que yo juego con cierta ventaja... Mi madre era de familia rumana, y nunca dejó de enseñarme el idioma. Así que para mí viene a ser como una segunda lengua... Pero, no crea: algunos de los dialectos de aquí me resultan bastante difíciles de seguir. Por ejemplo, cuando su sirviente me recibió en la puerta...

—¿Sirviente...?

—Sí, ese individuo..., Loki. El me habló en dialecto moldavo y...

—¡Pero Loki no es...! ¿Mi tío no le explicó nada?

La miré. ¿Acaso el Tokay de la cena, más el *slivovitz* de sobremesa me estaban haciendo jugarretas?

—**P**ERDONE —dije—. No la... interpreto.

—¿Entonces mi tío no le explicó...! Lo lamento. No debí mencionarle el punto. ¿Hace mucho que conoce a mi tío?

—¿Al barón? Al contrario, es la primera vez que lo veo. Pero fue tan gentil que me ofreció hospitalidad sin querer escuchar disculpas, de modo que...

—¡Ah! —musitó ella—. Ya veo.

—Le suplico que me perdone si cometí una indiscreción. —Las mejillas me quemaban—. ¡Créame que ha sido sin intención de ofender a nadie! ... Sucede que...

Una de sus maravillosas manos se alzó suavemente.

—La culpa es mía. Olvídese de mis palabras y siga hablándome de su tierra, Héctor. ¡Me fascina oír relatos sobre lugares tan lejanos!

Poseía la virtud de serenarme con los ojos, como si cada mirada fuese una mano sutil, sedante y tibia. Me tuvo un largo rato hablándole de mil naderías. Sabía escuchar con tal expresión de interés, que me embriagaba, literalmente. Por lo que a mí tocaba, hubiese continuado indefinidamente con la charla, con tal de conservarla ahí, mirándome de aquel modo.

—¡Verna!

Fue como un trallazo. Me volví con gesto agrio y hallé eco en los duros rasgos de Kurt Vodde.

ELLA lo miró, sin hablarle. De pie ante nosotros, con la nariz de halcón, el pelo engomado y tirante hacia la nuca, y el rictus bilioso de la boca, habría encarnado un perfecto comandante de la *Wehrmacht*, estilo Hollywood. Me despertaba la misma simpatía que un crítico literario *snob*; pero era el prometido de Verna Nadasdy.

—Me vas a perdonar la interrupción —gruñó Vodde—. ¡Pero tengo que hablarte en privado! Señor Poletzi...

—Poletti —le corregí. Me levanté del sillón, inclinándome—. Con permiso.

Temblaba de furia al alejarme. Una mujer como ella..., ¿comprometida con un tipo así? Ni siquiera tenía aire de noble...

Una puerta entreabierta dejaba escapar un resplandor verdoso. Me asomé, más que nada por escapar de la incómoda situación en que, sin querer, me había colocado, y vi una inmensa biblioteca.

Hasta considerable altura, las paredes estaban ocupadas por anaqueles repletos de libros. Hacia el fondo, cerca de un fuego acogedor, el barón Bathory se sentaba ante un tablero de ajedrez, al parecer intensamente concentrado en la posición de las piezas. Su cara, expuesta a la luz de una lámpara con pantalla verde, mostraba un tono cadavérico. Debí hacer algún ruido, porque se volvió de súbito hacia mí. Y le noté una expresión extraordinaria en los ojos..., un atisbo, recuerdo haber pensado, de un alma consumida por el tormento.

¿Qué sucedía allí?...

(Continúa)

¡POLETTI SE ACERCA MÁS Y MÁS A LAS ETAPAS DE MAYOR ESPANTO QUE HA DE VIVIR EN EL FATÍDICO CASTILLO DE LOS BATHORY!... ¡EL BARÓN VA A REVELAR, QUIZÁS, ALGUNA RECÓNDITA DEFORMIDAD DE SU ESPÍRITU, INSOSPECHADA AÚN POR EL DESPREVENIDO NOVELISTA!... ¡PAVOR Y LOCURA SERÁN MONEDA CORRIENTE EN LOS PRÓXIMOS EVENTOS! SI CREE POSEER EL TEMPLE NECESARIO PARA LO QUE SE AVECINA... ¡VUELVA CON NOSOTROS EL PRÓXIMO DOMINGO! ¡DOS NUEVOS CAPÍTULO PLENOS DE SUSPENSO Y TERROR ESTARÁN ESPERÁNDOLE... EN ESTE MISMO SITIO!!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/fedirici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com